

ANTROPOLOGÍA FÍSICA Y RACISMO CIENTÍFICO EN ESPAÑA DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

JUAN MANUEL SÁNCHEZ ARTEAGA
Dpto. Historia de la Ciencia, CSIC

RESUMEN

Este trabajo analiza algunas facetas del desarrollo de la antropología biológica española en la segunda mitad del siglo XIX. Se presta una atención especial al debate antropológico acerca del estatus biológico de las diversas «razas humanas» en España, así como a la caracterización antropológica del nativo colonial en las expediciones científicas españolas de fin de siglo.

ABSTRACT

This paper analyzes some particular features in the development of biological anthropology in Spain during the second half of the 19th century. Special attention is given to the Spanish anthropological debate about the biological status of the different «human races», and also to the anthropological characterisation of the colonial natives in Spanish scientific expeditions during the second half of the century.

Palabras clave: Antropología física, Poligenismo, Racismo científico, Expediciones científicas, España, S. XIX.

Key words: Physical Anthropology, Scientific Racism, Scientific Expeditions, Spain, 19th Century.

1. Introducción. La precariedad relativa de los estudios de antropología física y evolución humana en España (1859-1900)

En relación al desarrollo de los estudios de Antropología Física, España, sin duda, constituye un caso peculiar entre los grandes estados europeos de fines del siglo XIX¹. Tal y como en 1880 había señalado Colmeiro desde la Sociedad Española de Historia Natural, había «algo, y algo peligroso, para el adelanto de las

ciencias naturales en nuestra patria»². Como ejemplo paradigmático del estado de la antropología biológica en España señalemos que en una fecha tan avanzada como 1867 —casi diez años después de la aparición del *Origen de las especies* y de la *Sociedad Antropológica de Francia*, fundada por Paul Broca en 1859 con un decidido espíritu evolucionista—, el catedrático de Anatomía de la facultad de medicina de Barcelona, D. José de Letamendi, rechazaba sistemáticamente todo argumento evolucionista e incluía en sus disertaciones científicas «sobre la naturaleza y el origen del hombre»³, una *ecuación racional de Dios* ($x = \Delta - \omega = \infty$)⁴, con la que, en su opinión, quedaban resueltos los problemas fundamentales de la «*Antropología Integral*»⁵. Otro ejemplo muy claro, el Catedrático de Geología de la Universidad Central de Madrid en 1880, José María Solano y Eulate, discurría ante sus alumnos sobre el origen biológico de la vida y de nuestra especie diciendo que «la fe no rechaza las varias teorías de la geología, de la astronomía y de las demás ciencias naturales, siempre que no se opongan a la creación del mundo elemental, o sea, a su producción originaria de la nada, hecha libremente por Dios, [y] a la aparición relativamente reciente del hombre sobre la tierra[...] sin más limitación que [...] la muy racional de no invadir y perturbar el dominio de la fe»⁶. En definitiva, en la sociedad científica española, y hasta las últimas décadas del siglo, el evolucionismo y la evolución humana se discutieron, y mucho, pero fuera del programa pedagógico y de la producción científica especializada de la comunidad académica oficial, donde la influencia del pensamiento naturalista cristiano sobre los viejos catedráticos era enorme⁷. La revolución liberal de 1868 cambiaría algo las cosas, pero lo cierto es que incluso durante el último cuarto del siglo XIX, el evolucionismo, en especial si pretendía aplicarse sobre nuestra especie, seguía siendo visto con muy malos ojos desde la Academia Española de Ciencias⁸. La Antropología no existía como asignatura general en la Universidad⁹ y hasta 1873 no se crearía la primera cátedra de Paleontología —general, no humana— en la Universidad Central de Madrid. Estaba regentada, además, por Juan Vilanova, quien admitía las transformaciones adaptativas de los organismos y los grandes cambios en la fauna a lo largo de la historia geológica, pero se mostraba contrario a la idea de una verdadera evolución gradual de las *especies*. Por su parte, los *Elementos de zoología* de Laureano Pérez Arcas¹⁰, quizás el texto de referencia sobre biología animal más utilizado por los antropólogos que comenzaron su formación universitaria —como médicos, como naturalistas— en la segunda mitad de siglo, consideraba el evolucionismo como una especie de sistema filosófico descabellado que respondía a los intereses de la escuela materialista. Por lo demás, en lo tocante a la biología humana, Pérez Arcas seguía la desfasada clasificación antropológica de Blumenbach¹¹, incluyendo al ser humano dentro del orden Bimanos (en lugar del linneano orden de los Primates), y consideraba intrascendente el interés evolutivo del cráneo de Neanderthal. Habría

que llegar a la frontera del siglo XX para que aparecieran los primeros manuales modernos de antropología física escritos por científicos españoles¹².

Por lo demás, apenas existía en España una parca colección de fósiles humanos en el madrileño *Museo de Ciencias*¹³, de la que se encargaba el gran antropólogo físico Manuel Antón¹⁴. Algunos restos prehistóricos dispersos en otras colecciones o yacimientos de Andalucía¹⁵ y otros lugares¹⁶, como el *Museo Arqueológico Nacional*¹⁷, el *Museo Antropológico del doctor Velasco*¹⁸ —más tarde Museo Nacional de Antropología—, los del *Museo protohistórico Ibérico* de los hermanos Rotondo Nicolau¹⁹, o los del *hombre de Samborondón* —que acababan de llegar a Valencia procedentes de Sudamérica²⁰—, completaban el núcleo del patrimonio paleoantropológico español. En cualquier caso, no se contaba con mucho material destacable a nivel internacional²¹, más allá de los famosos sílex de San Isidro, la mandíbula fósil de Puerto Príncipe²², o los mencionados restos de Samborondón. Entretanto las cuevas de Altamira seguían siendo consideradas una farsa por la comunidad antropológica internacional y, hasta 1902, su valor sólo fue aceptado por Santuola —su descubridor para la ciencia—, Vilanova, y otros pocos²³. Por su parte, los importantísimos restos neandertaloides encontrados en Gibraltar habían sido llevados a Inglaterra apenas descubiertos²⁴. En definitiva, como señalaba el antropólogo José Pérez de Barradas ya bien entrado el siglo XX:

«Si juzgamos que el yacimiento prehistórico de San Isidro fue descubierto en 1862, sería lógico pensar que hubiera en Madrid abundantes colecciones en todos los centros científicos que se dedican a Prehistoria, pero, por desgracia[...], los materiales que aparecieron se dispersaron entre aficionados y museos extranjeros»²⁵.

Contemplando de primera mano la precariedad institucional de la antropología física en España, en relación con sus flamantes vecinas francesa y portuguesa, no faltaron quejas acerca de las lamentables condiciones en que el estado mantenía la investigación sobre el origen evolutivo y la prehistoria del ser humano. Al respecto de los estudios antropológicos portugueses, admitía Vilanova, «forzoso será declarar, por más que la declaración sea poco lisonjera para el amor propio de un español, [que] están infinitamente mejor dispuestos que nosotros»²⁶. En 1880, abochornado por el hecho de que el país vecino se hubiera adelantado a España en la celebración de un Congreso Antropológico Internacional, Vilanova inició una serie de acciones con las que pretendía a toda costa salvar el prestigio internacional de la antropología patria. Se esperaba que Madrid se convirtiera en un punto de paso y parada para muchos de los principales antropólogos europeos de camino al congreso de Lisboa, pero por desgracia, no existía ningún tipo de ayuda estatal para aprovechar científicamente esta irreplicable ocasión. En una sesión ordinaria de la Sociedad Española de Historia Natural, Vilanova instó a sus consocios naturalistas a realizar alguna maniobra urgente para poder superar el trance con la cara alta. De hecho, él mismo ya se había encargado de dar los pasos más urgentes:

«en unión del señor Tubino, practicamos gestiones cerca del señor ministro de Fomento y director general de Instrucción Pública para que se les dispense un recibimiento digno, ya que sufrimos el bochorno de que Portugal nos tome en este asunto la delantera. Pues bien, el ruego se reduce a que la Sociedad [la Sociedad Española de Historia Natural] coadyuve a esta obra, celebrando, por ejemplo, en honor de los antropólogos extranjeros, una sesión extraordinaria, para lo cuál estoy seguro que todos habríamos de contribuir a dejar bien el pabellón español —*intelligenti pauca*—»²⁷.

Finalmente, para desesperación del sabio antropólogo valenciano, sólo dos congresistas extranjeros —Cotteau y Cappellini— consideraron que merecía la pena asistir a la «sesión científica extraordinaria» preparada con tanto ahínco por Vilanova. El propio Santuola rehusó viajar a Madrid, y se limitó a enviar una nota de agradecimiento por la invitación²⁸. En realidad, los mismos socios de la sociedad naturalista tenían asuntos mucho más extraordinarios que atender, dada la propuesta de desalojo inminente del Gabinete de Historia natural (sede de la SEHN), que los Ministros de Fomento y Hacienda habían planeado trasladar al ruinoso invernadero viejo del jardín botánico de Madrid²⁹.

En fin, el interés puramente científico por la evolución homínida en España fue tan escaso —en relación a otros países europeos del entorno— que, de hecho, y más allá de numerosas alusiones al evolucionismo en términos generales³⁰, en el seno de la Sociedad Española de Historia Natural, la primera mención explícita a la existencia de especies homínidas prehumanas en tierras españolas tuvo que esperar hasta 1884. En una de las sesiones de aquel año, el naturalista de izquierdas Odón de Buen planteó la urgente necesidad de estudiar «cuáles han sido los primitivos pobladores de la península ibérica, señalando con exactitud las razas o especies humanas de que proceden los variados caracteres que se observan en los habitantes de las provincias españolas»³¹. Debido a esta situación verdaderamente precaria de nuestra antropología prehistórica, incluso la Real Academia Española de Historia —que, al menos hasta la entrada en ella de Vilanova—, en 1889³², había promovido una antropología prehistórica de carácter marcadamente conservador, siempre recelosa ante el tono *herético* del evolucionismo³³—expresó sus quejas al respecto del poco apoyo estatal a los estudios sobre los orígenes primitivos de las poblaciones peninsulares—. En 1871, el académico de Historia Antonio Benavides hacía mención a la práctica ausencia de ayuda oficial para los viajes de investigación de Vilanova y Tubino a diversos museos y congresos antropológicos internacionales³⁴, y señalaba el agravio comparativo que suponía, para España, el que muchos otros estados europeos ya dedicaran cuantiosos *fondos públicos* para los estudios científicos sobre la evolución humana en las cavernas: «las cámaras belgas votan subsidios y sufragan los gastos que ocasiona la exploración de las cavernas, y otros gobiernos auxilian de distinto modo estos estudios»³⁵. Tristemente,

casi diez años después de la advertencia de Benavides, los miembros de la Sociedad Española de Historia Natural se veían obligados todavía, ante «la falta de recursos en que la Sociedad se encuentra para dar impulso a las exploraciones del país» a formar una Comisión científica para solicitar al estado que de una vez «recompense como es debido estos servicios y estimule con su eficaz auxilio la exploración de las cavernas»³⁶.

Dejando de lado la antropología prehistórica y el estudio de la evolución humana, el estudio bio-antropológico de las diversas poblaciones contemporáneas se llevó a cabo en España de una forma igualmente rudimentaria al de las razas fósiles. En 1903, el *International Catalogue of Scientific Literature*, en su sección *Physical Anthropology*, señalaba textualmente:

«Todos los estados civilizados, salvo España y los estados Balcánicos, han incorporado esta disciplina»³⁷.

Quizás el absoluto declive de la administración colonial española —que en 1898 perdería sus últimas posesiones americanas y asiáticas— pueda explicar, al menos en parte, el poco interés mostrado por la antropometría racial (y en general, por cualquier estudio científico en las colonias) por parte del estado español. Los propios investigadores nacionales eran conscientes de su tremendo atraso en este aspecto. Por ejemplo, en 1887, el gran naturalista español José Gogorza apuntaba lo siguiente en los Anales de la Sociedad Española de Historia Natural:

«No debe causar gran extrañeza este atraso nuestro en la materia, si para juzgarlo tenemos en cuenta el incalificable abandono en que han tenido, desde tiempo inmemorial, todos los gobiernos que han regido los destinos de España, el conocimiento científico de nuestras posesiones de Ultramar. Para probarlo, basta consignar el hecho de que [en] el Museo de Ciencias Naturales de Madrid[...] en el presente siglo, ni un solo comisionado científico por dicho centro de enseñanza ha visitado el Archipiélago [se refiere a las Filipinas]. Estos datos, que muestran con aterradora evidencia el atraso general del país, no necesitan comentarios»³⁸.

Por lo que respecta a la antropometría, desde la perspectiva de otras sociedades antropológicas europeas, la calidad de los trabajos españoles contemporáneos no fue considerada en muy alta estima —exceptuando, quizás, a los portugueses, interesados en el valor de los estudios hispanos para la etnología portuguesa—. Aún así, en el propio Portugal, no faltaban quienes, como el antropólogo Ricardo Severo, consideraran que en los trabajos de la Sociedad Española de Antropología «destacaba su falta de originalidad; varios artículos de vulgarización, en los cuáles, fuera de su alto valor, que atestiguan perfectamente los nombres que los firman, no aportan la menor contribución para la antropología española»³⁹. Por su parte, desde el Museo Nacional de Antropología de Italia, su di-

rector Paolo Mantegazza acogió las publicaciones oficiales de la Sociedad Antropológica española con extrema frialdad:

«Quisiéramos encontrar en los trabajos de nuestra hermana española menos páginas dedicadas al estudio de ociosas generalidades y más frecuentes investigaciones sobre la etnología española y de las muchas colonias de origen ibérico. En este campo pocos podrían adelantar a los españoles, en cuyos archivos y museos poseen tesoros preciosísimos de antropología americana, asiática y polinesia»⁴⁰.

Por su parte, el gran prehistoriador francés Cartailhac había señalado que los descubrimientos españoles en materia de prehistoria «se tornan en gran parte improductivos y fuera del alcance general, porque[...] raramente dan lugar a publicaciones ilustradas, no habiendo sobre ellos, la mayoría de las veces, más que simples notas, vagas y pintorescas»⁴¹. Lo cierto es que a fin de siglo, y a pesar de las advertencias de todos estos sabios, sólo había en España tres verdaderos especialistas en antropometría. Nos referimos al ya mencionado Manuel Antón y a los jóvenes investigadores Luis de Hoyos Sainz⁴² y Telésforo de Aranzadi⁴³, quienes desplegarían la mayor parte de su obra antropológica ya en el siglo XX⁴⁴.

2. El poligenismo y la cuestión de las «razas humanas» en la antropología española de fin de siglo

Independientemente de su relativa falta de originalidad y de sus carencias técnicas, el debate en torno a la división biológica de la humanidad en un número variable de *especies* o incluso *géneros* distintos se convirtió pronto en la cuestión principal sobre la cuál teorizaron los fundadores de la *Sociedad Española de Antropología*⁴⁵. El primer número de su órgano oficial, la *Revista de Antropología*, incluía sendos artículos de Broca y de Topinard, reconocidos paladines del poligenismo⁴⁶ (corriente antropológica que defendía la distinción de las «razas humanas» como verdaderas *especies*). En ese mismo número, el verdadero *status* zoológico de las razas humanas no europeas se convirtió en el objeto de varias publicaciones firmadas por los mejores antropólogos españoles de la época, como González de Velasco, Rafael Ariza, Hysern, o Vilanova⁴⁷. En todos estos trabajos, ya se les definiera o no como especies aparte, la inferioridad de las demás razas con respecto al blanco fue un elemento prácticamente sobreentendido por todos los autores. Entre los fundadores de la Sociedad Antropológica Española —y ya se tratara de evolucionistas o de fijistas, de poligenistas o monogenistas—, había una especie de unanimidad en reconocer la importancia de determinar exactamente —en palabras de Tubino— «la distancia que existe entre los términos más elevados de la serie de los monos y los términos más inferiores de la serie humana»⁴⁸. En este sentido,

el Doctor Velasco, principal promotor del proyecto de la Sociedad Antropológica Española, escribía en 1865:

«Urge y es necesidad apremiante conocer clara y explícitamente el significado de la palabra *Raza*, y lo que quiere decir *Casta*, *Especie*, *Género*; también es absolutamente necesario discutir si son *sinónimas* estas voces, o si cada una tiene valores y significados distintos»⁴⁹.

Para los principales antropólogos españoles, las poblaciones no europeas podían perfectamente ser descritas como «las razas más *abyectas*[...] que en cierto modo son trasunto del estado primitivo»⁵⁰, y eso sólo en los casos más filantrópicos, como el del monogenista y religioso Vilanova, por lo demás el mejor investigador español del periodo en todo lo referente a la prehistoria. A pesar de sus enormes diferencias ideológicas, Juan Vilanova coincidía con los poligenistas como Rafael Ariza en vaticinar la *extinción* inminente de numerosas razas no europeas, debido a su *inferioridad biológica* con respecto al hombre blanco. Para el imaginario antropológico de la época, *los salvajes* eran concebidos como restos estacionarios o *atávicos* de formas humanas que habían vivido en Europa en la prehistoria⁵¹, y su extinción ante las presiones de la civilización moderna era un resultado inapelable de las leyes ecológicas de *competición interracial*. Así, Vilanova afirmaba que los pueblos de la Polinesia, por ejemplo, se hallaban sin duda «próximos, o por lo menos en vías de desaparecer con prontitud»⁵². De igual modo, el pueblo bosquimano, verdadero relicto, según Vilanova, de antiguas razas paleolíticas, no tardaría en extinguirse ante la presión de las *razas superiores*, dejando sus hermosas pinturas sobre roca como único testimonio de su antigua presencia en el planeta:

«Los artistas de la piedra tallada fueron vencidos por la población menos artista, sí, pero agrícola, de la piedra pulimentada. Estos pueblos se encuentran aún entre nosotros, y *los Bosquimanos de seguro no tardarán en desaparecer*, no quedando de ellos sino el recuerdo de los dibujos hechos por ellos mismos en las rocas»⁵³.

Para Vilanova, a pesar de ser partidario de la *unidad de la especie humana*, las diferencias biológicas interraciales aparecían tan exageradas que ni siquiera la estación erguida propia de *Homo sapiens* era considerada por el valenciano como un fenómeno característico de todas las razas; al contrario, el bipedalismo completo sucedía «*sobre todo* en las razas civilizadas»⁵⁴, mientras que el resto, más cercanas evolutivamente a los ancestros homínidos y a los simios, presentaban una mayor o menor «*oblicuidad*». También Valdés, uno de los primeros socios de la Sociedad Española de Historia Natural, debía de sostener una opinión similar cuando, en 1873, hizo circular un grabado entre los demás socios donde se reproducía la imagen de unos aborígenes australianos. Al respecto de aquellos seres humanos, Valdés insistió sobre todo en las particularidades del cráneo de los australianos, «muy parecido al de los monos, así como[...] la longitud de sus ante-

brazos y piernas y su posición *cuadrúpeda y digitígrada*[...], hombres con aspecto de idiotas, aunque dotados de lenguaje»⁵⁵. La misma idea del porte simiesco y semioblicuo de los no europeos era sostenida por otro científico español de ideología completamente opuesta a la de Vilanova, el médico y antropólogo evolucionista Rafael Ariza, a la sazón Vicepresidente de la Sociedad Antropológica Española, quien había comprobado lo siguiente:

«En cuanto a la posición del cuerpo[...] hay en los antropomorfos una tendencia a la estación vertical, contenida dentro de un cierto límite que no han podido franquear todavía. Y este límite se estrecha cuando en vez de hacer la comparación con las razas civilizadas, la establecemos con las *inferiores*»⁵⁶.

Más allá del porte imperfectamente erguido, muchos otros rasgos de las razas africanas fueron considerados *atavismos* simiescos por parte de otros investigadores españoles. Por ejemplo, el gran naturalista andaluz Antonio Machado y Núñez consideraba, al respecto del prognatismo de los africanos, que, «según las observaciones hechas por los antropólogos, esta forma más o menos pronunciada se relaciona con la de los monos antropoides, principalmente en chimpancé y el gorila»⁵⁷. A su vez, siguiendo los estudios de Broca, Machado defendía la existencia de una gradación jerárquica insensible de razas humanas fósiles y actuales, que distinguía, a medida que aumentaban sus diferencias con el chimpancé, los estadios progresivos del Neandertal, el «tipo prehistórico de Engis», y el *australiano*, para llegar por fin al «europeo, perfecto modelo de toda la especie»⁵⁸.

Para el poligenista Rafael Ariza, la superioridad de los europeos como una especie zoológica evidentemente mejor dotada era un hecho perfectamente natural, y la invasión colonial de los continentes africano y asiático podía explicarse —comprendiendo incluso el *genocidio* efectivo que se estaba llevando a cabo en numerosos lugares del mundo por parte de las grandes potencias coloniales de occidente— en términos estrictamente biológicos. A este respecto son suficientemente elocuentes las palabras que escribió en un artículo publicado por la *Revista de Antropología* en 1874:

«Si cada especie y cada individuo no tuvieran que luchar entre sí para asegurar su subsistencia, acrecentamiento y bienestar, faltaría al progreso uno de los más eficaces medios de realizarse. *Infinitos son los pueblos, razas y tribus que han desaparecido de la escena por efecto de esta ley de la naturaleza*[...]. Sus limítrofes, que continuaban desarrollándose[...], concluyeron por superarlos, dominarlos y *extinguirlos* a su vez. No de otro modo, exclama Darwin, se realiza el progreso en la humanidad. *Cada pueblo que desaparece es un obstáculo de menos en la marcha de la civilización. Las razas superiores son las destinadas a extenderse sobre la tierra; y del mismo modo que los animales huyen delante del hombre dejándole el terreno expedito, así los salvajes desaparecen ante el europeo sin dar lugar a que la civilización los modifique; ¡que no se extiende ésta por el mundo sometiendo a bárbaros e imponiéndoles sus leyes, sino destruyéndolos*»⁵⁹.

Por su parte, en 1881, el conocido sociólogo y prehistoriador —además de notorio antiesclavista— Manuel Sales y Ferré pronunció una serie de conferencias en el Ateneo Hispalense acerca de las condiciones naturales y sociales del hombre primitivo. En opinión de Ferré, el genocidio en las colonias era, en ocasiones, la condición inexcusable del progreso evolutivo de la humanidad. Tan sólo once años antes de aquellas conferencias de Sevilla, había muerto la última nativa tasmana (después de un proceso de implacable exterminio del resto de la población de Tasmania a manos de los colonos ingleses)⁶⁰. Lejos de considerar tales hechos como una aberración del imperialismo, a los ojos de Ferré la «extinción» de los tasmanios aparecía como un claro signo de la pujanza de la raza anglosajona en Oceanía. Haciendo una previsión a la baja, Sales y Ferré profetizaba el inminente exterminio de, al menos, tres razas más. Era el precio forzoso del perfeccionamiento evolutivo de la humanidad, gracias a la *lucha interracial por la vida*:

«la consecuencia de esta *lucha*, por lo que toca a las razas, ha sido la extinción y la muerte de unas, el nacimiento de otras y, en suma, el perfeccionamiento del organismo humano sucediendo a razas *inferiores* otras *superiores*. Hace once años próximamente desapareció una raza de la tierra, la de los tasmanios; antes de cuarenta habrán desaparecido, a juzgar por la rapidez con que *decrecen*, por lo menos tres: la polinesia, la australí (*sic*) y los pieles rojas[...]. *Por este lado se camina a substituir las actuales razas viejas y estacionadas por otras jóvenes y progresivas*»⁶¹.

En otras obras, Sales y Ferré definía a las razas no europeas (a pesar de su firme oposición a la trata de esclavos) como variedades evolutivas fallidas, cuya *extinción natural* se produciría inexorablemente de acuerdo con las leyes de la evolución darwiniana. A ojos de Sales y Ferré, las poblaciones no caucásicas no eran más que «razas incultas y *salvajes*, que retroceden ante la civilización y caminan rápida e *inevitablemente* a su *destrucción*, por ser hijas y *esclavas tan sólo de la naturaleza*; lo que nos hace prever que, en el porvenir, las razas actuales, *ineptas* y *degradadas*, serán *reemplazadas* por otras[...] destinadas a realizar en la Tierra la unión del espíritu con la naturaleza»⁶². En fin, para Sales y Ferré, la expansión imperialista europea debía considerarse como un deber moral de la raza blanca, en aras del progreso de la humanidad:

«Hoy, a la vez que Europa ha conquistado su dominio sobre el mundo, ha llevado sus adelantos al Asia, América, Australia y Archipiélagos Polinesios. Por este lado se camina a que nuestra civilización, elevada a grados superiores[...] brille por igual de polo a polo en toda la redondez de la tierra[...]. Obrando así, a la vez que seremos dignos miembros de la humanidad, que contribuiremos activamente a que se realice aquel ideal, obtendremos también la felicidad suprema, que consiste en la satisfacción moral que se experimenta por el bien cumplido»⁶³.

3. La descripción antropológica del nativo colonial como salvaje en la España del 98: apuntes antropológicos de naturalistas españoles en las expediciones científicas de fin de siglo

A partir de 1883, la *Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas* envió una serie de expediciones naturalistas a las posesiones africanas de Fernando Poo y el Golfo de Guinea, sufragadas parcialmente por el Estado⁶⁴. Varios científicos se encargaron de aportar datos antropológicos —en forma de notas y apreciaciones vagas e imprecisas— en estos viajes de exploración. Las expediciones estuvieron destinadas a Guinea Ecuatorial y el Sahara español, y fueron emprendidas con el patriótico fin de igualar en altura a las potencias extranjeras, que —en palabras de Ossorio, uno de aquellos expedicionarios— ponían «el pie en el continente misterioso, así para beneficio de su país como de la Humanidad entera»⁶⁵.

El médico ovetense Amado Ossorio fue uno de los científicos comisionados por el estado español para la participación en aquellos viajes. Sus notas antropológicas sobre los nativos de la colonia española —que, a su vuelta a la península, fueron aceptadas con entusiasmo por la *Sociedad Española de Historia Natural*— ofrecen una buena panorámica de la percepción del africano, pretendidamente científica, entre la comunidad de antropólogos españoles del fin de siglo. En 1886, Ossorio publicó una comunicación en los *Anales de la SEHN* —la mejor revista del país en el campo del naturalismo—, en la que describía al indígena guineano de la etnia Bubi como un ser esencialmente «perezoso y refractario en altísimo grado a toda instrucción»⁶⁶. Por añadidura, en aquel trabajo Ossorio hacía «precisos» apuntes etnológicos sobre el «espíritu vengativo del negro, que no perdona una injuria por mucho tiempo que transcurra»⁶⁷. Su carácter natural era, según el médico asturiano, «traicionero y sobradamente maligno»⁶⁸. El canibalismo, que el bubí practicaba de forma cotidiana, como testimoniaban «los restos cruentos de tan repugnantes banquetes» que Ossorio había observado pretendidamente en su expedición, podía explicarse «como una satisfacción de la venganza a que son tan aficionados los negros»⁶⁹. Esa venganza estaba predispuesta en el guineano por su tradicional costumbre de comer ciertos monos «que después de chamuscado el pelo presentaban por completo el aspecto de una criatura»⁷⁰. Sin embargo, a favor del Bubi había que añadir que su color «no es en general ese negro intenso *que repugna*, sino más bien un tinte achocolatado»⁷¹. El propio Ossorio había podido comprobar —con la precisión antropométrica que caracterizaba a los estudios españoles de la época— que en el golfo guineano existían «ciertos hombres[...] cuyos pies son tan cortos y gruesos que ciertamente ofrecen alguna semejanza con una pezuña»⁷². Por lo demás, las aportaciones de Ossorio a la etnología finisecular de Guinea Ecuatorial no pueden dejar de ser mencionadas:

«El negro cifra toda su ambición en adornarse, y tanto los del continente, como los de las islas[...] creen haber llegado al colmo de la felicidad cuando han adquirido un traje a la europea. Si a esto se agrega su extraordinaria afición a las bebidas alcohólicas, principalmente al rom (*sic*), y a su afición por el baile, se tendrá una idea aproximada de las limitadas aspiraciones de estas gentes, Y es por demás curioso ver la agilidad con que ejecutan los más bruscos movimientos y la resistencia que despliegan en este ejercicio, que forma extraño contraste con la flojedad suma que muestran para el trabajo. *El ideal de un negro se reduce a la posesión de unas cuantas mujeres, de una escopeta, pólvora, los adornos de moda y a bailar*»⁷³.

A pesar de las claras connotaciones eurocéntricas de su discurso, manifestadas en su caracterización del bubi guineano como un perfecto *fauno* u *Homo sylvaticus* —esto es, como una criatura intermedia entre el ser humano y los animales—, lo cierto es que tanto Ossorio como la Sociedad Española de Historia Natural intentaban contribuir con objetividad científica al progreso de la antropología española. El gran naturalista sevillano Antonio Machado⁷⁴, iniciador de los estudios de antropología prehistórica y evolución humana en Andalucía⁷⁵, agradeció en persona a Ossorio el «haber contribuido a esclarecer todo lo que se refiere a los importantes territorios que posee España en el Golfo de Guinea»⁷⁶. Por su parte, Manuel Antón, encargado de la catalogación de los objetos antropológicos del Museo de Ciencias —que acogió los objetos traídos por Ossorio, y donde se almacenaban, además, otros muchos objetos traídos de las colonias de Filipinas y el Sahara Occidental⁷⁷—, felicitó a Ossorio ante los miembros de la Sociedad Española de Historia Natural «por haber conseguido con sus viajes el reanudar las glorias conquistadas por los españoles en la exploración de muchos extensos territorios en ambos mundos»⁷⁸, frase que provocó la aclamación general de los naturalistas presentes⁷⁹.

Con el mismo ánimo patriótico, el propio Ossorio señaló que el conocimiento científico de los nativos guineanos ayudaría a la implantación del comercio y la cultura española en las colonias africanas. Ossorio insistió en el beneficio que esta penetración comercial —apoyada en los estudios científicos realizados previamente sobre el terreno—, supondría tanto para los colonos españoles como para los propios indígenas:

«Sólo el desarrollo del comercio, fomentando con la importación el bienestar de aquellas gentes[...], poniendo en actividad tantas y tantas fuentes de riqueza natural como poseen, pero que ahora no pueden utilizar, es[lo] único que *conseguiría hacer desaparecer la poligamia y la comunidad de mujeres*[...] y se fundará la familia monógama, base de toda sociedad civilizada»⁸⁰.

La expansión del comercio, la victoria de la moral y las buenas costumbres cristianas, el avance de la ciencia y de la industria, la supresión del salvajismo..., en verdad todos

los presumibles resultados de estas expediciones científicas al África podían resultar enormemente interesantes para la burguesía española finisecular, tanto desde un punto de vista científico como desde una perspectiva *patriótica* e incluso *ética*. No es de extrañar, pues, que otras exploraciones naturalistas como las llevadas a cabo por Ossorio en Guinea Ecuatorial se repitieran en la desértica colonia española del Sahara occidental. En 1886, el catedrático de Cristalografía de la Universidad Central Francisco Quiroga fue comisionado para la exploración científica del Sahara. La expedición había sido promovida tanto por la *Sociedad Española de Geografía Comercial* —con Joaquín Costa como director de expediciones— como por el Ministerio de Fomento. Como en el caso de Ossorio, entre los apuntes científicos de Quiroga no faltaban preciosas observaciones etnológicas sobre las poblaciones del desierto:

«la más grande de todas las dificultades la constituyen los habitantes, que por su fanatismo y suspicacia, hijos de la ignorancia, se oponen resueltamente a todo lo que sea hacer observaciones, tomar notas y recoger ejemplares[...]. En fin, que con los habitantes del Sahara, se hace lo que a uno le dejan hacer, y aún esto sufriendo vejaciones y con peligro constante de la vida»⁸¹.

A su vuelta, la Sociedad Española de Historia Natural decidió «por aclamación», extender para Quiroga y el resto de los expedicionarios un acta oficial en la que constara «la admiración que han sentido por el valor y la constancia demostrada en tan difícil expedición, cuyos resultados enaltecen a tan distinguidas personas y han de contribuir a la honra y a la gloria de la nación española»⁸². En efecto, muchas veces, estas exploraciones coloniales entrañaron cuantiosos riesgos, y algunos de aquellos patrióticos exploradores ibéricos murieron en el intento (si bien no en el referido viaje al Sahara, ni a causa de los nativos, sino de los agentes infecciosos). Tal fue el caso del catalán Ramón Masferrer y Arquimbau, que falleció en Filipinas a causa de un cólera letal y quien, desde Mindanao, había escrito una carta a la Sociedad Española de Historia Natural en la que narraba las vicisitudes de sus estudios en la isla de Joló, un territorio poblado por salvajes *fanáticos* que, de acuerdo con Masferrer, aún estaban «a medio conquistar»⁸³:

«He estado cuatro meses en la más insalubre de las islas de este archipiélago y en la que no se puede uno apartar cuatro pasos de las murallas, si no quiere exponerse a que los *moros* le corten la cabeza. Es la isla de Joló de la que habrá V. oído hablar por la fama de piratas que sus habitantes sectarios de Mahoma tienen»⁸⁴.

En fin, la misma percepción antropológica del nativo colonial como un ser *salvaje*, esencialmente *maligno*, icorregible y de una naturaleza por completo antagónica a la del europeo civilizado, era compartida por Vilanova, otro de los especialistas que en el año 1881 fueron encomendados por el estado español para que partieran hacia Argelia en una misión científica. Junto a Vilanova viajó el insigne

zoólogo Ignacio Bolívar⁸⁵, más un ingeniero agrónomo, uno de minas y otro de montes. El objetivo de la expedición era la participación en un Congreso de la *Asociación Francesa para el Adelantamiento de las Ciencias*, pero los científicos habían sido encargados, además, de recoger toda la información técnica posible sobre el terreno. Sin duda, el trabajo de la comisión en Argelia podría resultar de utilidad para los intereses españoles en el norte de África, y merecía, por tanto, «las molestias de la travesía y los gastos inherentes a un viaje largo»⁸⁶.

Dos días después de su llegada a Argel, la jornada, que resultó festiva, fue destinada a varias actividades lúdicas preparadas especialmente por la administración francesa para los cerca de dos mil científicos allí congregados. Sorprendidos, los refinados naturalistas españoles se vieron forzados a contemplar un espectáculo de pésimo gusto o, en palabras del propio Vilanova, «impropio de una reunión de hombres serios dedicados al estudio y meditación»⁸⁷. Los organizadores franceses habían dispuesto que un grupo de argelinos recibiera a los científicos extranjeros con una muestra representativa de algunas de sus costumbres más exóticas a ojos europeos. De forma súbita, los delicados naturalistas enviados allí por el Ministro de Fomento, habituados a las pulcras costumbres de la casta burguesía hispánica⁸⁸, se vieron forzados a contemplar los bruscos contoneos de los nativos en una serie de danzas frenéticas. En palabras de Vilanova:

«A una señal dada comenzó el baile al compás de instrumentos propios de aquellas tribus, del cuál nada me atrevo a decir[...] por la índole especial del espectáculo, indigno de una sociedad culta»⁸⁹.

La descripción antropológica de Vilanova se ciñe a los mínimos detalles pero, sin embargo, a través de ellos, como en la breve pincelada de un hábil maestro, quedan descritos perfectamente los rasgos esenciales del nativo. Se trataba, en fin, de «espectáculos curiosos por lo extraño y desconocido, en los cuáles desempeñaban las funciones principales, tribus en estado casi *salvaje*, haciendo alarde de costumbres licenciosas y sensuales y de ejercicios violentos, en los que para nada intervenía la cultura ni la inteligencia»⁹⁰. El contraste entre aquellas tribus incivilizadas, que danzaban desenfadadamente al compás de rústicos instrumentos y, por el otro lado, la estoica comunidad de eruditos occidentales entregados a la ciencia, que tuvo que contemplar atónica aquella estampa esperpéntica, no podía ser mayor para Vilanova:

«Allá en la arena del hipódromo el hombre casi primitivo con toda su rudeza salvaje e instintos lúbricos, guerreros y feroces; en las modestas aulas del liceo el representante de la cultura y de la civilización con sus Membraciones científicas (*sic*), tendiendo a mejorar las condiciones físicas, intelectuales y morales de la especie humana, de cuyas ventajas por desgracia suya, aquellas tribus que nos habían deleitado la víspera con sus raras y estrambóticas costumbres, no quieren aún participar»⁹¹.

Pero las notas antropológicas del viaje científico de Vilanova no acabaron en aquel desagradable espectáculo ofrecido por los salvajes. Una vez concluido el pintoresco congreso de Argel, los comisionados españoles decidieron emprender «una correría geológica por el territorio de la provincia de Orán»⁹². Llegados a Saida, las costumbres de los nativos interfirieron de nuevo en los nobles objetivos de los sabios viajeros, que pretendían adentrarse en el desierto para una exploración científica. Como resume Vilanova, «el estado de *efervescencia* en que se encontraban a la sazón aquellos *salvajes y feroces indígenas*, nos impidió realizar el proyecto que teníamos de internarnos en el Sahara»⁹³.

Para finalizar, lo cierto es que las descripciones antropológicas de los expedicionarios científicos españoles de fin de siglo, como Quiroga, Masferrer, o Vilanova, a pesar de todos sus esfuerzos sinceros por ajustarse a la realidad de una forma *empírica y objetiva*, reflejan de forma nítida los prejuicios raciales de una antropología colonial que sólo podía progresar en el conocimiento de su objeto de estudio gracias al apoyo económico de la alta burguesía capitalista y al respaldo, en último término, de la aplastante tecnología militar de los estados coloniales de occidente. El caso ya comentado de Quiroga es paradigmático: el 14 de mayo de 1886, acompañado de «dos moros, soldados de la compañía de tiradores del Riff»⁹⁴, que iban incluidos en la dotación estatal asignada al viaje, Quiroga zarpó hacia Río de Oro en un barco gentilmente ofrecido por la *Compañía Mercantil Hispano-Africana*. Hospedado en un *fuerte militar* de los colonos españoles, retornó algún tiempo después a España *en una goleta de guerra*, y expuso los resultados científicos de su expedición en la sede de la Sociedad Española de Historia Natural, a la que donó cortésmente una colección de objetos tomados —por medios que nos son desconocidos— de aquellos que habían sido descritos por Vilanova como «*salvajes y feroces indígenas*», los saharauis...

NOTAS

1. Sobre el desarrollo de la antropología física y la antropometría en la España finisecular son interesantes las obras de ORTIZ [1987]; ORTIZ [2001]; RONZÓN [1991].
2. COLMEIRO [1880, p. 88].
3. Cf. LETAMENDI [1867].
4. *Ibidem*, p. 106.
5. Para Letamendi la Antropología Integral comprendía «la Historia Natural del Hombre, la Historia Filosófica de la ciencia humana y la Teodicea enlazadas». *Ibidem*, p. 58.
6. SOLANO Y EULATE [1880, p. 19].
7. Por ejemplo, más allá de las innumerables conferencias sobre el tema en los Ateneos culturales de todo el país, la enseñanza del transformismo sólo era abordada explíci-

- tamente en sus programas pedagógicos por organizaciones no estatales, como la Institución Libre de Enseñanza. *Cf.* GINER [1877].
8. *Cf.* SANDALIO DE PEREDA [1875]. Véase también VILANOVA [1875].
 9. MACHADO NÚÑEZ [1886, p. 7]. En 1873, el Museo de Historia Natural ya había solicitado al estado la creación de una cátedra de Antropología, sin resultado. Posteriormente, en 1885, 1887 y 1889, se repitió la misma solicitud a la Facultad de ciencias de la Universidad Central, a su Rector, y al Consejo de Instrucción Pública, pero se obtuvo el mismo éxito que la primera vez. Hubo que esperar hasta 1894 hasta que la asignatura de Antropología se incluyera entre las materias de bachillerato, con Groizard de ministro, si bien «con un criterio anacrónico y orientaciones falsas, que más bien han dañado que favorecido el desarrollo de esta ciencia en España», *cf.* HOYOS SAINZ [1911, p. 14].
 10. PÉREZ ARCAS, LAUREANO [1872].
 11. BLUMENBACH [1795]. Otro influyente naturalista español, seguidor de este sistema, fue Salvador Calderón, *Cf.* CALDERÓN [1876, p. 420].
 12. HOYOS SAINZ [1899]; ANTÓN Y FERRÁNDIZ [1903]. Sin embargo, tanto el propio Antón como Telésforo de Aranzadi habían comenzado a realizar trabajos de antropometría en el Museo de Ciencias ya desde los años ochenta. Además, existían algunas buenas traducciones, sobre todo de textos franceses. Uno de los más utilizados fue TOPINARD [1878]; otra edición del mismo texto fue también muy utilizada: TOPINARD [1891].
 13. Entre los objetos prehistóricos del Museo de Ciencias, muchos de los cuáles pasarían más tarde al Museo Arqueológico Nacional, destaca el «Catálogo de la colección de ejemplares geológico-paleontológico-arqueológicos» procedentes del viaje científico que Vilanova y Tubino realizaron al norte de Europa en 1869; *cf.* VILANOVA. y TUBITO [1871, pp. 239-265].
 14. Para hacerse una idea del carácter de estas colecciones del Museo de Ciencias, Vilanova afirmaba, «las colecciones paleontológicas que en la actualidad existen en el mencionado establecimiento, casi se hallan a los materiales por mí recogidos dentro y fuera del territorio, pero muy especialmente en el extranjero, y a los vendidos por D. Augusto Linares», VILANOVA [1888, p.15].
 15. Para el patrimonio prehistórico de Andalucía a fines del siglo XIX, *cf.* GÓNGORA Y MARTÍNEZ [1868]; CAÑAL [1894].
 16. En 1876, Salvador Calderón enumera en 15 los yacimientos con fósiles humanos en España; entre ellos, ya se encontraba el término municipal de Atapuerca, *cf.* CALDERÓN [1876, pp. 413-420].
 17. Su colección prehistórica, se acuerdo con su antiguo director, Antonio García Gutiérrez, constaba de al menos 1000 objetos, procedentes de las antiguas colecciones del Gabinete de Historia natural y la Biblioteca Nacional. *Cf.* GARCÍA GUTIÉRREZ [1876].
 18. Museo Privado que en 1874 fue cedido oficialmente a la Sociedad Española de Antropología, *cf.* ANÓNIMO [1874a, pp. 561-565]. Desde los primeros números de la

- revista editada por la Sociedad Española de Antropología —*cf.* ANÓNIMO [1874b, p. 160]—, se da muestra de los intentos de regeneración del estado de las colecciones paleoantropológicas españolas, instando a los socios en las provincias a remitir a la sede madrileña de la Sociedad «cualquier objeto que pueda contribuir al esclarecimiento de los temas antropológicos, como por ejemplo cráneos antiguos, hachas y cuchillos de piedra procedentes de cavernas o yacimientos conocidos[...] y cuantos monumentos arcaicos puedan concurrir a extender el círculo de los conocimientos relativos a la antigüedad y desarrollo del tipo humano[...] Los gastos de transporte serán de nuestra cuenta» (p. 160). Por lo demás, en sus comienzos, las colecciones prehistóricas del Museo del doctor Velasco se correspondían más con los de un viejo *Gabinete de curiosidades y antigüedades* que con un moderno museo antropológico. La representación de la prehistoria se limitaba a unos cuantos «objetos correspondientes a la primera y segunda edad de piedra[...], achas (*sic*) celtas, cráneos antiguos, bustos egipcios, ánforas griegas y romanas». *Cf.* PULIDO [1875, p. 38].
19. ROTONDO NICOLAU [1897]; PÉREZ DE BARRADAS [1929, pp. 161-204].
 20. *Cf.* VILANOVA [1890, pp. 19-25].
 21. Sobre el estado de las colecciones prehistóricas en la España finisecular pueden consultarse, entre otros, LANDERER [1873, pp. 341-378]; VILANOVA [1872, pp. 187-229]; VILANOVA [1879a, p. 23]; VILANOVA [1879b].
 22. Sobre el abandono en que se tenía este resto prehistórico, hallado en Cuba por Rodríguez Ferrer, quien defendía que se trataba de la primera evidencia encontrada sobre el «hombre fósil», dicho autor señalaba que «remitida a nuestro Gabinete de Historia Natural, estuvo años y años olvidada hasta nuestra vuelta a la península, dando lugar a que apareciese y fuera reconocida como primera la célebre de Moulin Quignon[...] cuando había 14 años que un español y en española tierra había encontrado la cubana, la que contaba con todo este tiempo de prioridad. Por fortuna, estudiada y reconocida al fin a nuestro empeño por el jurado facultativo del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, ha sido ya restaurada y colocada con preferencia en la urna del Megaterio»; *cf.* RODRÍGUEZ FERRER [1878, p. 157]. Véase también RODRÍGUEZ FERRER [1873, p. 6]; RODRÍGUEZ FERRER [1874, pp. 299-310; 439-457].
 23. La aceptación internacional de su autenticidad no se produce hasta 1902, cuando Émile Cartailhac, prehistoriador de inmenso prestigio que siempre había negado el valor del arte parietal Altamirano, hizo pública su retractación, *Cf.* CARTHAILHAC [1902, pp. 348-354] Acerca de la rápida aceptación de esos restos por parte de Vilanova, *cf.* VILANOVA [1880b, p. 77].
 24. Sobre los restos de Gibraltar, *cf.* BUSK [1869]. Véase también TUBINO [1876, pp. 98 y ss].
 25. PÉREZ DE BARRADAS [1929, pp. 161-204].
 26. VILANOVA [1884, p. 295].
 27. VILANOVA [1880c, pp. 70 y ss].
 28. *Actas de los ASEHN*, 9, 1880, sesión del 6-10-1880.
 29. MACPHERSON [1880a, p. 88].

30. Fuera de su ámbito de aplicación antropológico, el transformismo se hallaba ya perfectamente introducido de forma más o menos clara en los debates de la Sociedad, que contaba entre sus socios más jóvenes con firmes partidarios del evolucionismo, como Salvador Calderón, Ignacio Bolívar, Eduardo Boscá, Odón de Buen, etc.
31. DE BUEN [1884, pp. 68].
32. VILANOVA [2003b], en SALAVERT, PELAYO y GOZALO [2003].
33. Hace diez años apareció un análisis bibliométrico de la literatura sobre arqueología prehistórica en España (sin especial dedicación a la antropología física evolucionista). Cf JIMÉNEZ DÍAZ [1996]. Véase también PEIRÓ Y PASAMAR [1989-90, pp. 9-30].
34. VILANOVA y tUBITO [1871].
35. BENAVIDES [1871, pp. XL-LI y p. XLV]. Sobre el desarrollo de los estudios belgas sobre las cavernas prehistóricas, cf LARTET [1867, pp. 132-135].
36. VILANOVA [1880b, p. 77].
37. HOYOS SAINZ [1911, p. 20].
38. GOGORZA Y GONZÁLEZ [1887, pp. 247-303].
39. SEVERO [1888, p. 99].
40. MANTEGAZZA [1875, pp. 103-104].
41. Citado en SEVERO [1888, p. 42].
42. HOYOS SAINZ [1899].
43. ARANZADI [1889]; ARANZADI [1899].
44. Por lo demás, sus trabajos decimonónicos, de gran influencia en Portugal, fueron muy criticados por los antropólogos italianos. Cf MANTEGAZZA [1899, pp. 282-283].
45. Una sociedad que, apenas nacida, vio seriamente amenazada su continuidad en 1868, debido a la efervescencia política del país, envuelto en su peculiar revolución liberal: «Causas[...] originadas en la crisis social y política que atraviesa nuestro país, impidieron durante largo tiempo que continuaran sus trabajos: la natural excitación producida por el recio sacudimiento revolucionario que experimentó España en 1868, las hondas preocupaciones de la política, las [...] mudanzas introducidas en las instituciones[...], hubieron de oponerse a que la *Sociedad Antropológica Española* persistiera en sus nobles anhelos»; ANÓNIMO [1874, p. 75]. Las sesiones de la Sociedad se reanudaron el 26 de Octubre de 1873, y al año siguiente apareció la *Revista de Antropología*, como su órgano oficial. Entre los trabajos del primer número de esta revista que se dedicaron especialmente a la cuestión del estatus taxonómico de las razas humanas podemos destacar los siguientes trabajos: GONZÁLEZ DE VELASCO [1874]; ARIZA [1874], HYSERN [1874]; VILANOVA [1874], etc.
46. TOPINARD [1874]; BROCA [1874].
47. Cf. GONZÁLEZ DE VELASCO [1874]; ARIZA [1874]; HYSERN [1874]; VILANOVA [1874], etc.
48. TUBINO [1874, p. 48]. Tubino, reconocido haeckeliano, era el Secretario General de la Sociedad Antropológica Española en 1874.
49. GONZÁLEZ DE VELASCO [1874, p. 32].
50. VILANOVA [1891, p.303]. Sin embargo, es justo reconocer que, a pesar de las claras *connotaciones* racistas de su discurso, Vilanova fue, como el francés Quatrefages —curio-

- samente, dos antropólogos «antidarwinianos»— uno de los naturalistas que más explícitamente lucharon por combatir la idea de la escala jerárquica de las razas *dentro de ciertos límites*. Este antirracismo relativo de Vilanova puede estudiarse perfectamente en su *Origen, Antigüedad y Naturaleza del Hombre*, de 1874, donde, a pesar de reconocer «la gran distancia que separa por lo común las razas naturales o salvajes» (p. 187), Vilanova proclamaba que «todas las razas humanas son perfectibles y defectibles, no pudiendo condenar a ninguna de ellas de un modo absoluto, a un permanente grado de inferioridad». Cf. VILANOVA, J (1874, p. 53 y ss.).
51. Cf. SÁNCHEZ ARTEAGA [2006^a]; SÁNCHEZ ARTEAGA [2006b]; SÁNCHEZ ARTEAGA [2006c].
 52. VILANOVA [1884, p. 229].
 53. *Ibidem*, p. 226.
 54. VILANOVA [1890 p. 21].
 55. VALDES [1873, p. 18].
 56. ARIZA [1874, p. 184].
 57. MACHADO NÚÑEZ [1892, p. 8].
 58. MACHADO NÚÑEZ [1892, p. 10].
 59. ARIZA [1874, p. 349].
 60. Los tasmanianos habitaban la isla de Tasmania (Van Diemen), en el sur de Oceanía. Sus características físicas los hacían diferentes del resto de las poblaciones oceánicas. Fueron exterminados, literalmente cazados como perros con rifles de batida, por los ingleses, colonos de la isla (que anteriormente había sido utilizada como prisión), en el último tercio del siglo XIX. Los dos últimos supervivientes de uno de los más salvajes genocidios de los que tengo noticia, fueron llevados a Gran Bretaña donde se les estudió y exhibió como a bestias de zoológico, hasta que finalmente murieron sin que quedara más rastro de aquel pueblo que un puñado de esqueletos en varios museos europeos y un gran revuelo de artículos, exactas mediciones y rigurosos cálculos antropométricos en revistas especializadas. En efecto, los antropólogos victorianos se apresuraron para exhibirlos como bestias de interés imperial, y explotaron hasta el último de sus huesos para las vitrinas de los institutos antropológicos del mundo civilizado. Un relato escalofriante de este exterminio, explicado en los términos biólogos del darwinismo más atroz, se encuentra en HILLIER GIGLIOLI [1871].
 61. SALES Y FERRÉ [1881, p. 221].
 62. SALES Y FERRÉ [1874, p. 94].
 63. SALES Y FERRÉ [1881, p. 222].
 64. OSSORIO, AMADO [1886, pp 289-348].
 65. *Ibidem*, p. 289.
 66. *Ibidem*, p. 291.
 67. *Ibidem*, p. 293.
 68. *Ibidem*.
 69. *Ibidem*, p. 306.
 70. *Ibidem*, p. 307.

71. *Ibidem*.
72. *Ibidem*, p. 299.
73. *Ibidem*, p. 301.
74. Abuelo de los famosos poetas españoles del siglo XX Antonio y Manuel Machado.
75. En 1862, Machado había comenzado a propagar lecciones de prehistoria en la *Academia Sevillana de Buenas Letras*, y desde 1864 había publicado algunos trabajos sobre los fósiles cuaternarios del valle del Guadalquivir, descripciones de cavernas, etc. Estos trabajos, entre otros, aparecieron en la *Revista Universitaria de Sevilla*, cf. VILANOVA y TUBINO [1871], p. XXXV.
76. MACHADO [1886, p. 35].
77. HOYOS SAINZ [1911, p. 16].
78. ANTÓN [1896, p. 35].
79. *Ibidem*.
80. OSSORIO [1886, p. 303].
81. *Ibid.*, p. 314.
82. BOTELLA [1886, p. 76].
83. MASFERRER Y ARQUIMBAU [1884, pp. 74].
84. *Ibidem*, p. 75.
85. Sobre la importancia histórica de este naturalista español, Cf. GOMIS (ed) [1988].
86. VILANOVA [1881, pp. 27-28].
87. VILANOVA [1884, p. 373].
88. Sobre este asunto, cf. NÚÑEZ FLORENCIO [1998].
89. VILANOVA [1884, p. 373].
90. *Ibidem*.
91. VILANOVA (1884, pp. 374-375).
92. VILANOVA (1881, p. 33).
93. *Ibidem*.
94. QUIROGA [1886]; QUIROGA [1889, p. 314].

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (1874) «Extracto de las sesiones de la Sociedad Antropológica Española (1868-1873)». *Revista de Antropología*, 1, 1874, 75-80, p. 75.
- (1874a) «Extracto de las Actas de la Sociedad Antropológica Española» *Revista de Antropología* 1, 561-565.
- (1874b) «Circular a los señores socios en las Provincias». *Revista de Antropología* 1, 160.
- ANTÓN Y FERRÁNDIZ, M. (1986) «Nota». *Actas de la SEHN* 15, 1886, 35.
- (1903) *Antropología o Historia Natural del Hombre* (Tomo 1): *antropotecnia, etnogenia y etnología, ilustrada con numerosos grabados rigurosamente científicos*, Madrid, establecimiento tipográfico Sucesores de Ribadeneyra, 2 vols.

- ARANZADI, T. (1889) *El pueblo Euskalduna. Estudio de Antropología*, San Sebastián, Imprenta de la provincia.
- (1899) *Etnología, Antropología filosófica y Psicología y Sociología comparadas*, 2^a ed, Madrid, Impr. Del Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús.
- ARIZA, R. (1874), «Diferencias específicas de las razas humanas», *Revista de Antropología*, I; pp. 18-32, 96-110, 171-185, 341, 356.
- BENAVIDES, ANTONIO (1871) «Informe evacuado por la Academia de Historia», en VILANOVA, J. y TUBINO, F.M. (1871), XL-LI y XLV.
- BLUMENBACH, J.F. (1795) *De Generis Humani varietate nativa. Editio tertia*, Gotinga, Vandenhoeck y Ruprecht.
- BOTELLA, F. (1886) «Comunicación sobre una propuesta de reconocimiento a los expedicionarios al Sahara occidental», *Actas ASEHN* 15, 76.
- BROCA, P. (1874) «Sobre el ángulo de Daubenton en Antropología», *Revista de Antropología* 1, 474-480.
- BUSK, M.G. (1869) «On the Caves of Gibraltar in which human remains and works of art have been found», *International Congress of Prehistoric Archaeology. Transactions of the third Session which opened at Norwich on the 20th August and closed in London on the 28th August*, London, Longmans.
- CALDERÓN, S. (1876) «Enumeración de los vertebrados fósiles de España», *ASEHN* 5, 413-420.
- CAÑAL, C. (1894) *Sevilla prehistórica. Yacimientos prehistóricos de la provincia de Sevilla. Clasificación y descripción de los objetos y monumentos encontrados. Inducciones acerca de la industria, arte, razas, costumbres y usos de los primitivos habitantes de esta región*, Madrid-Sevilla, Imp. de la Andalucía Moderna.
- CARTHAILHAC, E. (1902) «Les cavernes ornées de dessins. La grotte d'Altamira, Espagne. *Mea culpa* d'un escéptique», *L'Anthropologie*, XIII, 348-354.
- COLMEIRO (1880) «Comunicación en la sesión extraordinaria del 23 de Octubre de 1880», *Actas de la Sociedad Española de Historia Natural*, p 88.
- DE BUEN, O. (1884) «Comunicación sobre las estaciones prehistóricas murcianas», *Actas de los ASEHN* 13, 68.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, A. (1876) *Noticia Histórico-descriptiva del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, Imp. Fontanet.
- GINER, H. (1877) *Programas de Biología y Antropología*, Málaga, Imp. de la Revista de Andalucía.
- GOGORZA Y GONZÁLEZ, J. (1887) «Datos para la fauna filipina. Vertebrados», *ASEHN* 16, 247-303.
- GOMIS, A. (ed) (1988) *Ignacio Bolívar y las ciencias naturales en España*, Madrid, C.S.I.C.

- GÓNGORA Y MARTÍNEZ (1868) *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía. Monumentos, inscripciones, utensilios y otros importantes objetos pertenecientes a los tiempos más remotos de su población*, Madrid, Imp. C. Moro.
- GONZÁLEZ DE VELASCO (1874) «Observaciones sobre el estudio del hombre», *Revista de antropología* I, 32-38.
- HILLIER GIGLIOLI, E. (1871) «I Tasmaniani», *Archivio per l'Antropologia e la Etnologia* 1, 1871.
- HOYOS SAINZ, L. (1899) *Técnica antropológica y Antropología física*, Segunda edición corregida y aumentada, prefacio de Manuel Antón, Madrid;
- (1911) *Nota para la historia de las ciencias antropológicas en España*, Asociación española para el Progreso de las Ciencias, Congreso de Granada, Madrid, Imp. Eduardo Arias.
- HYSERN, J. (1874) «De la unidad nativa del género humano, o del parentesco de consanguinidad universal entre todas las razas de la especie humana, diseminadas por todas las regiones de la tierra», *Revista de Antropología* 1, 9-18; 81-96, 161-171, 225-238, 321-341.
- JIMÉNEZ DÍAZ, J.A. (1996) *Prehistoria de la Península ibérica durante el siglo XIX: historiografía y bibliometría*. Tesis doctoral, UNED.
- LANDERER (1873) «Explicación del cuadro sinóptico de los tiempos primitivos», *ASEHN* 2, 341-378 + 1 lámina.
- LARTET, E. (1867) «Aperçu général sur les cavernes», *Congrès international d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques. Paris, 1867. Comte rendu de la 2me session*, Paris, Reinwald, 132-135.
- LETAMENDI, J. (1867) *Discurso sobre la naturaleza y el origen del hombre*, conferencias dadas en el Ateneo Catalán, Barcelona, Tipografía Narciso Ramírez.
- MACHADO NÚÑEZ, A. (1886) «Comunicación sobre un proyecto de reforma de las Ciencias Naturales», *ASEHN* 15, 4-13.
- (1892) *Discurso inaugural de la Sociedad Antropológica de Sevilla el día 4 de Octubre de 1871*, cuaderno 2, Madrid, Imprenta económica de Luis Carrión.
- MACPHERSON, J. (1880a) «Comunicación sobre el proyecto de traslado del Gabinete de Historia natural», *Actas de los ASEHN*, 9, sesión extraordinaria del 23-10-1880, p. 88.
- MANTEGAZZA, P. (1875) «Reseña bibliográfica de los 5 primeros cuadernos de la Revista de Antropología», *Archivio per l'antropologia e la Etnologia* 5, 103-104.
- (1899) «Reseña bibliográfica de dos obras de Hoyos Sainz y Telésforo de Aranzadi», *Archivio per l'antropologia e la Etnologia* 29, 282-283.
- MASFERRERY ARQUIMBAU (1884) «Fragmento de una carta póstuma», *Actas de los ASEHN* 13, 74.

- NÚÑEZ FLORENCIO, R. (1998) *Tal como éramos. España hace un siglo*, Madrid, Espasa Calpe.
- ORTIZ, CARMEN (1987) *Luis de Hoyos Sainz y la Antropología Española*, Madrid, CSIC.
- (2001) «De los cráneos a las piedras, Arqueología y antropología en España, 1874-1977», *Complutum*, 12, 273-292.
- OSSORIO, A. (1886), «Fernando Poo y el Golfo de Guinea», *ASEHN* 15, 1886, 289-348.
- PEIRÓ, I. Y PASAMAR, G. (1989-90) «El nacimiento en España de la Arqueología y la Prehistoria... (1856-1936)», *Kalathos* 9-10, Teruel, 9-30.
- PÉREZ ARCAS, L. (1872), *Elementos de Zoología*, 3ª ed., Madrid, Imp. Fortanet.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1929) «La colección prehistórica Rotondo», *Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria VIII*, 161-204.
- PULIDO, A (1875) *Reseña del Museo Antropológico del doctor Velasco*, Madrid, Imprenta Juan Aguado, p. 38.
- QUIROGA, F. (1886) «Apuntes de un viaje por el Sahara occidental», *ASEHN* 15, 495-523.
- (1889) «Observaciones geológicas hechas en el Sahara occidental», *ASHN* 18, 314.
- RODRÍGUEZ FERRER, M. (1878) *Aizquirri y Aranzazu. Recuerdo de una expedición veraniega al País Vasco en 1877*, Madrid, Sociedad de Tipógrafos, p. 157.
- (1873) «Comunicación acerca de la mandíbula de Puerto Príncipe», *Actas de los ASEHN* 2, 6.
- (1874) «Antigüedades cubanas. Estudio hecho con relación a las que se conservan en el Real Museo de Historia Natural de esta villa. Y en la sección etnográfica de su museo arqueológico nacional», *Revista de Antropología* 1, 299-310; 439-457.
- RONZÓN, E. (1991) «Antropología y antropologías. Ideas para una historia crítica de la antropología española. El siglo XIX», Madrid, Pentalfa.
- ROTONDO NICOLAU (1897) *Catálogo del museo protohistórico ibérico*, Madrid.
- SALAVERT, V.L.; PELAYO, F. y GOZALO, R. (2003) *Los inicios de la prehistoria en la España del siglo XIX: Juan Vilanova y Piera y el origen y antigüedad del hombre* (CD), Valencia, Univ. De Valencia-Fund. Marcelino Botín-CSIC.
- SALES Y FERRÉ (1874) *Comentarios a la «Historia natural del hombre», por Quatrefages*, Madrid, impr. Escámez.
- (1881) *El hombre primitivo y las tradiciones orientales. La ciencia y la religión*, Conferencias dadas en el Ateneo Hispalense, Sevilla-Madrid, Imp. El Mercantil Sevillano.

- SÁNCHEZ ARTEAGA, J.M. (2006a) *Las teorías biológicas sobre el origen de las razas humanas (1859-1900). Elementos para una crítica antropológica de la racionalidad tecnocientífica*, tesis doctoral inédita, Madrid, U.A.M.
- (2006b) «La pervivencia del pensamiento mítico en las teorías biológicas sobre el origen de las razas humanas (1859-1900)», *Actas del IX Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia y la Tecnología (Cádiz, Septiembre 2005)* I, 395-415.
- (2006c), «Mythos y Logos en la historia del racismo científico: La biología racial evolucionista en Portugal y Brasil (1859-1900). *Actas del V Congreso internacional «Discursos e Práticas Alquímicas»*, en ESTELA GUEDES et al. (2006), *Jardins de diabólica flora*, Lisboa, Apenas livros; pp. 26-49. También publicado on line, en <http://www.triploV.com>.
- SANDALIO DE PEREDA (1875), *Discurso leído ante la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en la recepción del Sr. D. Juan Vilanova y Piera el día 17 de enero de 1875*, Madrid, Viuda e hijo de D.E. Aguado.
- SEVERO, R. (1888), *Paleoethnologia portuguesa. Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal de M. Émile Cartailhac*, Porto, Typographia occidental, Sociedade Carlos Ribeiro, Propaganda das Sciencias Naturaes e Sociaes em Portugal.
- SOLANO Y EULATE (1880), *Discurso leído en la universidad central en la solemne inauguración del curso académico de 1880 a 1881*, Madrid, Imp. José M. Duczcal.
- TOPINARD (1874), «De la medida del Prognatismo (alveolo sub-nasal)», en *Revista de Antropología* 1, 458-473.
- (1878), *La Antropología* (versión española por D. José Saenz y Criado), Madrid, Manel Rodríguez, (ed.);
- TOPINARD, P. (1891), *Historia Natural. Antropología*, novísima edición profusamente ilustrada, Barcelona, Montaner y Simón ed.
- TUBINO (1874), «Antropología», *Revista de Antropología* 1; 39-53; 110-125; p. 48.
- (1876), «Los aborígenes ibéricos, o los bereberes en la península», *Revista de Antropología* II; 98 y ss.
- VALDES (1873), «Comunicación sobre la imagen de unos aborígenes australianos», *Actas de los ASEHN*, 2, 1873.
- VILANOVA, J. (1872), «Lo prehistórico en España», *ASEHN*, 1, pp. 187-229.
- (1874), «Origen, antigüedad y naturaleza del hombre», *Revista de antropología* I; 53-65, 127-137, 185-204.
- (1875), *Discursos leídos ante la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en la recepción del Sr. D. Juan Vilanova y Piera el día 17 de enero de 1875*, Madrid, Viuda e hijo de D.E. Aguado.

- (1879a), «Objetos prehistóricos en Alboz (Almería)», sesión del 2-4-1879, *Actas de los ASEHN* 8; 23.
 - (1879b), «Nota sobre la estación prehistórica de Bolvite», comunicación en *Actas de los ASEHN* 8, sesión del 2-4-1879.
 - (1880b), «Comunicación acerca de una colección de objetos prehistóricos de la Cueva de Altamira», *Actas de los ASEHN* 9; 77.
 - (1880c), «Comunicación a los socios sobre el congreso internacional de antropología y arqueología prehistóricas de Lisboa, 19-29 de Septiembre de 1880», *Actas de los ASEHN* 9, sesión de julio; 70 y ss.
 - (1881), «Comunicación sobre la reunión de la Asociación Francesa para el Acance de las Ciencias en Argelia», *Actas de los ASEHN* 10; sesión del 1-6-1881; 27-28.
 - (1884), *Los congresos científicos de Chalons, Berna, París, Lisboa y Argel*, Madrid, Imp. del Colegio Nacional de Sordomudos y de Ciegos.
 - (1888), *De Madrid a Amsterdam, pasando por Zurich, Rouen y Charleville. Congresos científicos de 1883*, Madrid, Imprenta del Colegio Nacional de Sordomudos y de Ciegos.
 - (1890), «Comunicación en relación al *Hombre de Samborondón*», *Actas de la Sociedad Española de Historia Natural*, ASEHN 19; 19-25.
 - (1891), *Geología y protohistoria ibérica*, volumen incluido en *Historia General de España*, dirigida por Antonio Cánovas del Castillo, Madrid, Ed. El Progreso.
 - (2003b), *Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia*, copia facsimil de la edición original de 1889, en SALAVERT, V.L.; PELAYO, F. y GOZALO, R. (2003).
- VILANOVA, J. y TUBINO, F.M. (1871) *Viaje científico a Dinamarca y Suecia con motivo del congreso internacional prehistórico celebrado en Copenhague en 1869*, Madrid, Imp. Gómez Fuentenebro; 239-265.